



Lorena Concepción

QUIERO
CONFIAR
EN TI

QUIERO CONFIAR EN TI

Lorena
Concepción

Atenea no era de esas chicas que se comían el mundo, pero tampoco se dejaba pisar. Nunca le había importado tanto que la gente no la viera, en ninguno de los sentidos, o que no la tuvieran tanto en cuenta como ella quería. Como se decía a sí misma, era invisible para los demás. Así era ella, invisible a los ojos de cualquiera que no fuera su familia, y claramente, sabía que el problema era suyo, estaba en su carácter, no se hacía notar, y en muchas ocasiones era bueno, pero en otras, no tanto.

A sus veintidós años nunca había tenido novio, tampoco tenía muchos amigos a causa de su timidez y sus inseguridades, pero ella estaba a gusto así, no era débil, ni se dejaba menospreciar por nadie, era una chica fuerte, simplemente pasaba desapercibida. Atenea estaba convencida de que siempre sería así para el resto de su vida, acabaría sola y con un montón de gatos, de hecho ya tenía uno, solo era cuestión de tiempo. Rió ante tal ocurrencia.

Pero solo hubo un momento en su vida en el que deseó ser alguien que no pasara desapercibido, y ese momento fue cuando le vio a él, Kian, su vecino. Atenea había alquilado un apartamento en el centro de la ciudad hacía unos meses y la primera vez que lo vio fue mientras se instalaba, él le ayudó con la mudanza y se presentaron, pero todo quedó allí. La segunda vez fue la típica conversación entre vecinos, él fue a pedirle sal, así que tampoco pasó nada. Otras veces solo se saludaban de pasada, él casi nunca estaba en su apartamento, pero la gran mayoría de las veces que venía, lo hacía acompañado de unas chicas que parecían y que claramente, eran modelos.

Eso a Atenea no le gustaba, pero era tan guapo... alto, en forma, con unos brazos musculosos con los que más de una noche había soñado que la abrazaba, y otras cosas que la hacían sonrojarse. Su cabello rubio corto que la hacía querer meter los dedos mientras él la hacía gritar, y sus ojos color caramelo que tanto deseaba que la miraran. Ojalá ella fuera de su tipo. Nunca se había considerado una chica fea, pero tampoco se arreglaba mucho ¿para qué? Aunque lo hiciera seguirían sin hacerle caso, o peor, estaría ridícula.

Era viernes por la mañana y festivo, por lo que no tenía nada planeado, seguramente pasaría el día en casa leyendo o recogiendo. Esa noche no había dormido casi nada por culpa de un maldito sueño erótico con Kian. Atenea nunca había tenido ninguno, pero desde que lo había conocido, en su cabeza solo rondaba él, y eso no podía ser bueno, tenía que olvidarse de Kian lo antes posible, pues lo suyo jamás sucedería, ni en un millón de años. Él nunca estaría con una chica como ella teniendo a un motón de modelos babeando a sus pies.

Aún llevaba el pijama, que no era otra cosa que una camiseta grande de su hermano que se había dejado la última vez que vino a pasar la noche. Iba bajando las escaleras de mármol cuando llamaron a la puerta, se miró rápidamente en el espejo del recibidor para revisar que su pelo moreno y liso estaba presentable, sus ojos azules se veían más intensos por la luz de la mañana. <<Estoy más o menos presentable>>. Se pasó los dedos por el pelo y se lo puso a un lado y abrió la puerta.

- Buenos días.- Dijo Kian con una enorme sonrisa enseñando su perfecta dentadura en cuanto Atenea le abrió la puerta.

Se quedó paralizada y le dio un vuelco el corazón, de todas las personas que podrían haber llamado, Kian era el último al que esperaba. Estaba guapísimo, y vestido, no como ella. Llevaba unos pantalones vaqueros que le quedaban de lujo y una camiseta que hacía patente su musculado cuerpo, Atenea se sonrojó e imágenes del sueño de la noche anterior vinieron a su mente.

- Bu... buenos días.- Logró decir atropelladamente.

- ¿Te pilló en mal momento?- Preguntó mirándola de arriba abajo, si Atenea no lo creyera posible pensaría que la estaba devorando con la mirada, pero no era posible ¿no? Decidió no darle más vueltas pues ella no podía gustar a un chico como él.

- No, bueno, no.- Rió.- ¿Necesitas algo?

- No, solo quería invitarte a desayunar.- Ahora Atenea se sorprendió aún más, y se percató de la bolsa que Kian llevaba en la mano.- Mi madre es aficionada a la repostería y me ha envidado muchos dulces y yo solo no puedo con ellos, así que si somos dos... Si no quieres desayunar conmigo te los doy igual, no quiero que se estropeen.

¿Que no quería desayunar con él? ¿Estaba loco o qué? ¿Por qué tenía que ser tan malditamente amable y guapo? Aunque la invitación solo fuera para que no se estropearan los dulces, a Atenea le valía. Sin embargo, por la cuenta que le traía a su corazón no sabía si merecía la pena, pero deseaba tanto pasar tiempo con él y conocerlo mejor que no pudo resistirse.

- No, claro. Pasa. Yo invito a café.-Sonrió como una niña subida en el mejor columpio del parque.

- Gracias.

- Voy a cambiarme y...

- No tranquila, por mí no te preocupes, así estas bien.- Él la miró de arriba abajo una vez más con una sonrisa pícaro y le guiñó un ojo. A Atenea se le incendió la cara y a pesar de que la camiseta la cubría hasta los muslos sintió que estaba desnuda.- Si abres siempre así la puerta vendré más a menudo.- Le guiñó un ojo. ¿Estaba coqueteando con ella? No podía ser, seguro que era algo que le salía sin más.

- Ja, ja. Allí está la cocina, ahora bajo.- Y le dedicó una sonrisa coqueta.

Nunca se había sentido así, ella no era de coquetear con chicos ¡si ni siquiera sabía que sabía hacerlo! Pero un momento con él la había hecho sentir la mujer más sexy del mundo. Pero tenía que mantener las distancias, él no era para ella, pues solo hacía falta ver con qué clase de chicas iba para saber que ella no era su tipo ni de lejos.

En cuanto terminó de arreglarse bajó por las escaleras de nuevo con el corazón martilleándole en el pecho. Como deseaba que su sueño se hiciera realidad y él hubiera subido a su habitación y la tumbara en la cama para hacerla suya << ¿Pero qué estás pensando? ¡Madre mía, qué vergüenza! Menos mal que nadie escucha mis pensamientos...>>.

- ¿Cómo prefieres el café?- Preguntó él mientras ella bajaba las escaleras.

- No, yo no bebo café, no me gusta, prefiero cacao.- Sonrió. Atenea no llegó a pisar bien el siguiente escalón y se cayó de culo bajando un par de escalones.- ¡Au!- Y empezó a reírse.

- ¿Estás bien? – Corrió Kian hacia las escaleras. Atenea no paraba de reír.

- Sí, que caída más tonta. Siempre estoy en el suelo.- Atenea no podía parar de reír, había sido una caída tan tonta que prefería reír a pensar que se había caído delante de Kian. Intentó ponerse en pie pero el tobillo le dolió un poco.

- Espera, ya te ayudo.- Entonces Kian la cogió en brazos.

- No hace falta...- A Atenea se le iba a salir el corazón, se abrazó al cuello de Kian y aspiró su aroma.

- No te preocupes.- La cortó él sonriéndole encantadoramente.

Una corriente de pura electricidad le recorrió el cuerpo, olía tan bien... Notó como sus duros y tonificados músculos hacían la fuerza suficiente para sostenerla, la cual no parecía que le supusiera ningún esfuerzo. A Atenea le recorrió un deseo ardiente que se anidó entre sus piernas. Quiso que su comedor fuera más grande para que la sostuviera más tiempo entre sus brazos, su calor la traspasaba y sentía la necesidad de hundir su cara en su masculino cuello y besarlo, pero se contuvo. Evitó como pudo que él sintiera como su pulso estaba acelerado, y desvió la mirada de su perfecto rostro para no sentir la tentación de besar esos gruesos y seductores labios.

Por fin la sentó con cuidado en el sofá.

- A ver, dame tu pie.- La examinó.- No tienes nada, un poco de hielo y estarás como nueva. Fui entrenador de fútbol de los niños de mi pueblo cuando era adolescente y vi muchos esguinces y roturas, y esto no es nada. Pero no te fies mucho que no soy médico. Voy a por hielo.- Le dedicó una sonrisa encantadora que la fundió como un helado derretido por sol de verano. Antes de ir a por el hielo cogió un cojín y lo puso en la mesilla, y después, con mucho cuidado, depositó el pie femenino.

Su contacto la quemaba y la hacía desear más, mucho más. Algo que claramente no iba a hacer, ella no era su tipo, pero tampoco quería serlo, ya había sufrido bastante en el amor como para encapricharse de alguien que jamás la correspondería. Tenía que dejar de pensar en él.

- Gracias.- Dijo Atenea. Él no se había reído de ella cuando se había caído, a pesar de que ella no paró de reír, y eso le encantó ¿Pero qué le iba a hacer si las caídas tontas le hacían tanta gracia?

Su gata, Diana, una persa blanca de ojos verdes se acercó a ella para pedirle que le pusiera de comer, Atenea la acarició y la gata se tumbó a su lado en el sofá. Kian volvió enseguida con el hielo envuelto en un trapo de cocina. Él se situó otra vez de rodillas delante de ella y se lo depositó en el pie magullado. Estuvieron unos minutos en silencio, él aguantándole el hielo en el pie y ella observando como la cuidaba. Atenea se deleitó mirando al impresionante chico que le estaba poniendo hielo en el pie. Estaba guapísimo y solo deseaba que la mirara con deseo y la tocara ardientemente.

- No sabía que tenías un gato.- Dijo él rompiendo el silencio pero sin dejar de mirar su pie magullado.

- Es una gatita.- Le sonrió aunque él no la miró.

- Ah, es muy bonita.- Señaló mirando ahora a la gata que dormía plácidamente a su lado.

- Sí, pero a veces es una borde.- Rieron los dos.

Atenea no podía dejar de mirar como Kian acariciaba dulcemente su pie alrededor del hielo, proporcionándole caricias calientes que la hacían estremecerse, estaba haciendo gala de todo su autocontrol para no lanzarse al cuello del hombre. Pensó que por tal de que él la cogiera cada vez que ella se caía, se caería encantada todas las veces que hicieran falta. Atenea rió ante tal tontería y rió más al recordar su caída.

- ¿De qué te ríes?- No se había dado cuenta de que lo había hecho en voz alta.

- Solo pensaba en la caída.- Y volvió a reír.

- Que rara eres.- Atenea le sacó la lengua.- ¿Te sigue doliendo?- Ella negó con la cabeza. Ya no le dolía sus caricias y el hielo habían hecho efecto.

Estaba muy nerviosa, su corazón le daba un vuelco cada vez que sus miradas se cruzaban y temblaba de anhelo cuando él la acariciaba distraídamente. Estaba muy cómoda con él, la hacía sentir segura, pero a la vez la asustaba, pues no debía sentir nada por él porque jamás sería correspondida.

- ¿Desayunamos?- Preguntó. Ella asintió. Kian la volvió a coger en brazos y la llevó a la silla.

- Estoy bien, yo...

- No pasa nada, solo es por si acaso.- Le dedicó una sonrisa deslumbrante. Atenea sintió que su corazón explotaba, estaba segura que él oía lo rápido que bombeaba su corazón. <<Recuerda que no es para ti>>.

Una vez Kian lo preparó todo, se sentó a la mesa frente a ella. Hablaron de varios temas, sobre todo de lo buenas que estaban las pastas de su madre.

Conectaron a la perfección y tenían muchas cosas en común, era perfecto, salvo que ella no era su tipo y nunca lo sería. Seguramente él la vería como una amiga, nada más.

- Mierda, son las doce y media. Me tengo que ir, tengo una sesión fotográfica.- Dijo Kian mirando el reloj que tenía ella colgado en el comedor.

- ¿A sí? ¿De qué?

- De ropa interior.- Sonrió él. Le había contado que trabajaba de modelo para sacarse un dinero extra, cosa que no le extrañó nada, pues sabiendo lo guapo que era y con las chicas que lo había visto..., no era muy difícil de adivinar.

- Ah.- Atenea se puso roja como un tomate nada más pensar en cómo se vería posando ante la cámara con solo unos *boxers* y su cincelado cuerpo al descubierto. Se obligó abandonar esos pensamientos pues estaba consiguiendo que un calor húmedo se instalara entre sus muslos.

- Te ayudo a recoger.- Dijo levantándose y poniéndose al lado de Atenea.

- No, no hace falta. Vete, no quiero que llegues tarde por mi culpa.- Se levantó para quedar muy cerca de él. Sus miradas se encontraron.

- ¿En serio? Gracias, se me ha pasado volando el tiempo contigo. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien. Y si el pie te da problemas llámame.- Y se dieron los números de teléfono.

- Vale, gracias. Y vuelve cuando quieras, pero solo si traes las pastas.- Rió ella. Atenea vio en los ojos de Kian que quería hacer algo, pero solo suspiró y le apartó la mirada.

- Eso está hecho.- Dijo mientras se dirigía a la puerta. Ella lo acompañó.- Y ten cuidado de no abrir la puerta a desconocidos de la manera en que lo has hecho antes.- Le guiñó un ojo y le dio un beso en la mejilla, ella se puso colorada al instante y él lo percibió pues rió.- Nos vemos, Atenea.

- Nos vemos.- Dijo sorprendida por el beso. Le encantaba como sonaba su nombre en su voz.

Cerró la puerta y se sentó en el suelo apoyando la espalda en la fría madera de la puerta. Su corazón latía desbocado y se puso la mano en la mejilla que había recibido el suave beso de Kian. Esto no era bueno para su corazón, él solo la vería como una amiga mientras ella se estaba enamorando más y más de él. Pero ya no quería dejarlo, deseaba pasar más tiempo con él y estar a su lado. Estaba perdida.

Hoy era su día libre en la joyería en la que trabajaba de dependienta y hasta dentro de unas semanas no tendría los parciales de su máster en historia clásica, así que había aprovechado la mañana para hacer la compra. Ahora estaba leyendo una novela erótica que le había recomendado una amiga. Pensamientos de ella y Kian haciendo lo que se relataba en el libro le venían a la mente constantemente. <<Para, Atenea. ¡Deja de pensar estas cosas! >>. Se reprochó así misma.

De repente sonó el teléfono y se sobresaltó, cosa que hizo que su gatita Diana se fuera corriendo. Se levantó para cogerlo.

- ¿Sí? – Preguntó.

- ¿No?- Respondió una voz masculina que Atenea reconoció al instante.

- ¡Liam!- Se echó a reír.- ¿No tienes otra broma? Esta ya cansa.- Dijo en broma.

- Sabes que te encanta, hermanita.- Rieron. Liam era su hermano mayor, solo se llevaban tres años de diferencia y era su mejor amigo, siempre habían estado muy unidos.- ¿Cómo estás?

- Bien ¿y tú?

- Muy bien. ¿Hoy tienes libre?

- Sí ¿Por qué?

- Estas de suerte, voy a ir a verte.

- ¡Anda, que suerte la mía!- Ironizó en broma.

- Sabes que te mueres por verme.

- La verdad es que sí, estás muy desaparecido.

- Ya, lo siento. ¿Entonces te apetece que vaya?

- ¡Por supuesto! ¿Vienes a comer?

- ¡Perfecto!

- Vale. Nos vemos dentro de un rato.- Sonrió feliz.

- Nos vemos, peque.

Atenea fue a mirar qué tenía de comer, sabía que a su hermano le encantaba la pasta, así que un buen plato de pasta seguro que lo hacía feliz. Se puso a cocinar pues ya era la una del mediodía. Puso el agua a hervir mientras hacía la salsa de la pasta y llamaron a la puerta.

- Menos mal que hoy vas vestida.- Dijo Kian divertido apoyado en el marco de la puerta derrochando seguridad y masculinidad, solo como él podía hacerlo. ¡Demonios! ¿Porque tenía que ser tan sumamente atractivo? Atenea le sacó la lengua.

- El otro día también lo estaba, para tu información.- Rieron.- ¿Puedes pasar? Es que se me quema la salsa.

- Mmm, que bien huele. Y yo que te venía a invitar a comer.- << ¿De verdad? >> pensó Atenea.

- Lo siento, estoy esperando a alguien, pero si quieres puedes quedarte.

- No, tranquila. No quiero molestar. ¿Cómo va tu pie?

- No molestas y mi pie está estupendo, gracias.- Dijo mientras ponía la pasta y acababa de hacer la salsa. Kian se sentó en una silla mientras la miraba.

- ¿Cómo ha ido la semana? Apenas nos hemos visto.

- Pues muy bien, normal. A veces agotadora.- Rió.- ¿Y la tuya?

- Mucho trabajo. Me hubiera gustado tener un poco de tiempo libre para venir a verte.

- Aaah.- ¿Cómo podía decirle eso y quedarse como si nada? A ella le iba a explotar el corazón por lo feliz que le habían hecho sus palabras. ¿Eso quería decir que él había estado pensando en ella? Ella también.- Bueno, al menos somos vecinos y nos podemos ver en un momento que tengamos libre.

Atenea fue a coger los platos pero solo quedaban los de la alacena de arriba y no llegaba, es lo que pasa cuando eres bajita. Intentó cogerlos sin la ayuda de una silla, como siempre hacía, pero fue inútil.

- ¿Necesitas ayuda, enanita?- Rió él.

- ¡Oye! No soy tan bajita ¿Vale?- Le dijo fingiendo que la había ofendido.

- Espera, ya te ayudo.- Y se le pegó a la espalda.

Atenea sintió como su torso se apoyaba en su espalda, sintió como su brazo izquierdo se posaba en su cintura mientras con el derecho cogía los platos, creyó notar una caricia. Su corazón empezó a latir desbocado y su cara se incendió como una hoguera. Su gran cuerpo, su cálido aliento en su oreja, su olor característico, estaba tan cerca... sentía que sus piernas le iban a fallar en cualquier momento. Kian dejó los platos a un lado pero no se movió, ella tampoco pudo. Le retiró el pelo de la nuca, le acarició el estómago mientras la rodeaba y la acercaba más a su fuerte y cálido cuerpo. Atenea se apoyó en su torso y cerró los ojos, no sabía muy bien qué hacía, simplemente se dejó llevar. Notó como el miembro de Kian crecía a su espalda ¿Eso era por ella? No podía ser, ella no gustaba a los hombres como él. Pero en ese preciso momento él le depositó un suave beso en la nuca, consiguiendo que el cuerpo femenino se estremeciera por el placer que le producían sus caricias.

Kian la giró entre sus brazos y la miró directo a los ojos. Atenea a pesar de lo mucho que deseaba que la besara, una vez más dejó de sentir la pasión para dar paso al miedo, no tenía miedo de él en sí, sino de volverse a sentir impotente y una auténtica idiota, no quería sentirse utilizada nunca más. Y su guapo y ligo vecino tenía todas las papeletas para hacerlo. No podía, una vez más se bloqueaba ante una situación así.

- Atenea... ¿Te asusto?- Preguntó preocupado acariciándole el rostro. Ella apretó con fuerza las manos en el mármol de la encimera, no podía huir, su gran cuerpo se lo impedía.

- Yo..., aléjate por favor.- Imploró asustada, era idiota por sentir esto, pero no podía evitarlo, recuerdos amargos volvían a ella para instalar la duda y el miedo de que la estuvieran utilizando otra vez.

Esas palabras le dolieron más a ella que a Kian, pero hicieron el efecto que ella quería, él se alejó como si le hubiera salido otra cabeza con una expresión en el rostro que a Atenea le dolió. Su mirada era de reproche, pero no hacia ella, sino a sí mismo, y él no tenía la culpa de nada, el problema lo tenía ella. Estaba tan lejos ahora mismo, tanto, nunca se había sentido así por ningún otro hombre, pero aun así era complicado para ella confiar en él. Su corazón dolía por haberlo apartado así.

- ¡Joder! Lo siento, soy un cabrón, perdona, jamás te haría daño, eres tan dulce e inocente... no eres como las demás, eres demasiado buena para mí.- Atenea no sabía qué decir. En otras circunstancias se enfadaría porque le hubiera dicho eso, estaba harta de parecer débil e inocente, en realidad no lo era, pero el miedo que sentía le impedía tener una relación con un hombre y ser una mujer atractiva le daba pavor, y más si era con Kian.

- No..., no es eso..., es solo que yo..., no puedo, lo siento.- Lágrimas de impotencia pincharon para salir de sus ojos, no quería llorar ante Kian.

De todas formas con sus palabras había dejado claro que como ella no era una modelo alta y sin curvas, había utilizado el eufemismo de que “era demasiado buena para él”, para darle largas, estaba harta de que la vieran inferior, pero era culpa suya, aquello ya pasó hace muchos años y aún permitía que le afectara. Su rechazo le dolió, y todo porque no era como esas chicas que traía casi cada fin de semana. Pues no, no era como ellas y estaba bien orgullosa. Y si por eso la había rechazado era un idiota ¿Qué se pensaba, que era un alma dulce a la que podía herir? Ella era más fuerte que eso y no era tan inocente como parecía.

- Un momento, ¿Soy demasiado buena para ti? Eso es una excusa terrible, sé que no soy como las otras chicas con las que has estado, pero no soy tan inocente como te crees.- Dijo enfadada, estaba cansada de que todo el mundo la viera como una chica débil. De repente llamaron a la puerta.

- Lo siento, mejor me voy.- Kian abrió la puerta, y allí estaba Liam con su sonrisa característica que se borró en cuanto le vio. Kian era un poco más alto que Liam, pero no mucho más, y debían tener la misma edad.

- Hola, soy Liam.- Saludó su hermano muy serio.

- Kian.- << ¡Qué momento más tenso!>>, pensó ella.- Ya me iba. Hablamos Atenea.

- Adiós Kian.- Y cerró la puerta tras de sí.

Kian no entendía a Atenea, por un momento le había parecido la chica más vulnerable del mundo y al otro era fuerte, estaba claro que algo le ocurrió en el pasado y que se había asfixiado cuando él se acercó a ella, pero quizá era que tenía novio, no sabía qué pensar. Atenea lo volvía loco, desde el primer momento en el que la vio, supo que ella era diferente, que no tendría posibilidad alguna con ella aunque se moría por hacerla suya, pero no solo por un rato, tenía la sensación que una vez probará la dulce miel de sus labios, jamás podría volver a soltarla.

Pero ahora resultaba que tenía novio << ¡Joder!>>, era de esperarse, una chica tan guapa, inteligente, graciosa... no podía estar soltera. Aunque antes de que lo alejara de ella, sintió el deseo que Atenea le procesaba, al menos no le era indiferente, por un momento se había dejado llevar por sus caricias. Pero eso no importaba, de alguna manera que no comprendía, Atenea sentía miedo hacia él. El alivio que se instaló en sus ojos cuando picaron a la puerta se le había clavado como un puñetero puñal en el pecho, le dolió más eso, que su rechazo.

La rabia y los celos lo inundaron, iba a averiguar qué le ocurría con él y si tenía alguna posibilidad con ella, ahora que había acariciado parte de su cuerpo, se moría por más, necesitaba más. No la iba a dejar escapar tan fácilmente.

- ¿Quién era ese?- Preguntó su hermano.

- Mi vecino.- Dijo sin más. No quería que su hermano supiera que le había afectado la presencia de Kian.

- ¿Tu vecino? Es un borde.

- No le conoces.

- ¿Y tú sí? No me fio, parece de esos que solo juegan con los sentimientos de las chicas inocentes como tú.

- ¡No soy inocente y sé cuidarme solita!- Gritó de frustración ¿Es que tenía esa palabra grabada en la frente? ¡Estaba harta!

- Sí, igual que aquella vez en el instituto.- Ahora se había pasado, sabía qué le provocaba ese tema y no quería hablar de ello, ella sola ya se encargaba de recordarlo cuando lo único que quería era ser feliz y entregarse al hombre de sus sueños. Menos mal que su hermano notó la mirada de furia que le lanzó.- Lo siento peque, no quería recordarte eso, solo que no quiero que vuelvan a hacerte daño, me preocupó por ti. ¿Me perdonas?- Le dijo abriéndole los brazos para que lo abrazara. Atenea no podía enfadarse con su hermano, él siempre la apoyaba en todo y además, ahora necesitaba su abrazo como nunca.

- Sí, te perdono.- Dijo abrazándolo. Y este le besó la coronilla.

- Por cierto ¿Te has hecho algo? Estás muy cambiada y guapa. Mi hermanita se hace mayor.- Dijo cambiando de tema.

- Anda, pues no. ¿En serio estoy diferente? Yo creo que es porque no nos vemos lo suficiente.

- Debe ser eso. ¿Comemos? Estoy hambriento.

- Sí.- Rió, su hermano tenía esa capacidad de hacerle olvidar todo lo malo en segundos.

Estuvieron hablando sobre cómo les iban las cosas, sus estudios, los trabajos, entre otros temas. A su hermano le habían ofrecido un puesto más importante en su empresa y ahora tenía mucho trabajo y era por eso por lo que no podía visitarlos tanto.

- Me voy ya, que si no se me hacen las tantas.

- Te puedes quedar a dormir si quieres, ya lo sabes. Así puedes ir a ver a papá y mamá, que desde aquí te queda más cerca.

- Pues mira, sí. No lo había pensado. Gracias.

A la mañana siguiente su hermano se fue temprano, y después de despedirse de él Atenea fue a darse una ducha rápida antes de desayunar. Pensamientos dolorosos de Kian la invadieron, quería explicarse, que él luchara por ella para que, de una vez, Atenea pudiera superarlo. Pero eso no sucedería, como con las relaciones que había intentado tener en el pasado, no duraban nada, pues ella no podía confiar en los hombres y ninguno tuvo la fortaleza suficiente para entenderla. Claro que ella tenía que admitir que tenía parte de culpa, pues era solo error suyo permitir que lo que le hizo aquel niño la afectara aun.

Después de una jornada larga de trabajo en la joyería, salió casi a las once de la noche, su jefa le había pedido por favor que se quedara con ella a hacer inventario pues no le cuadraban algunas cosas. Al final todo estaba correcto, pero entendía que la mujer se hubiera puesto pálida pensando que le habían podido robar. Iba caminando por las desiertas calles, al ser sábado la gente iba por las zonas de la ciudad donde había bares y discotecas. Atenea miró el móvil una vez más para ver si tenía algún mensaje de Kian, pero nada, estaba pasando olímpicamente de ella, eso afirmaba que ella tenía razón, solo la quería usar para el sexo y tirarla como un trapo sucio.

Pasó por la zona de los bares, pues para llegar a su casa tenía que hacerlo ya que era el camino más corto. De repente se quedó paralizada. Kian llevaba sujeta de la cintura a una chica rubia y alta muy guapa que se agarraba a él intentando besarle, hasta que lo hizo. A ella se le rompió el corazón en mil pedazos, sintiendo un dolor demasiado punzante, y sus ojos quisieron llorar, tanto, que llenaría un mar entero. Ya sabía que para él no significaba nada, pero verlo era otra cosa. Pero no se lo permitió, no quería darle a ningún hombre más la satisfacción de verla sufrir, así que alzó el rostro y aguantó las lágrimas y con un dolor terrible en el corazón, anduvo todo lo digna que sus piernas le permitieron.

Intentó que él no la viera, pero tarde. Kian la abrazó con la mirada y vio que quiso venir hacia ella, pero la rubia, que iba un poco borracha, lo retuvo. A ella le daba igual lo que tuviera que decirle, no iba a escuchar ni una mentira más, todos los hombres eran iguales. Aceleró el paso para llegar a su casa, cerró la puerta bruscamente y cayó en el suelo para llorar de dolor.

Kian no se lo podía creer, eso era mala suerte, sabía que no tendría que haber salido esa noche y que después de la sesión de modelaje tendría que haber ido a hablar con Atenea, pero al final sus compañeros lo liaron y no pudo decir que no. Grace empezó a beber demasiado, pues su novio la acababa de dejar y ahora estaba totalmente ebria. Durante toda la noche le estuvo tirando los tejos, en otras circunstancias hubiera aceptado, pero ella estaba demasiado borracha y cabreada con su novio, y no quería aprovecharse de la situación. Además, se había prometido conseguir a Atenea y desde el otro día en el desayuno no había querido tener nada con ninguna chica que no fuera ella.

Cuando la vio allí parada con la mirada llena de dolor, Kian supo que había visto como Grace lo besaba, lo pilló desprevenido, pero enseguida Atenea adoptó un semblante diferente, se puso una coraza y se fue. Sintió que su mundo se venía abajo, si por alguna razón que él desconocía, Atenea no confiaba en él, después de esto iba a ser todavía más difícil. Lo único que quería hacer era ir tras ella y explicarle lo sucedido. Nunca había sentido la necesidad de explicarse ante nadie, pero Atenea merecía la pena y estaba comprometido a que ella fuera suya. Pero no podía dejar a Grace en ese estado, tenía que llevarla a casa. Después se ocuparía de su morena de ojos azules.

Atenea ahogó sus lágrimas en la ducha, estaba devastada. Kian, sin ella quererlo, se había vuelto alguien importante para ella, y saber que hubiera sido una más, que como una tonta hubiera caído en las redes de alguien que no la merecía, la ponía enferma. Pero se acabó el llorar, mañana sería un día nuevo y no pensaría en Kian nunca más << Ja, ja, que te lo crees tú>>, se reprochó a ella misma.

De repente picaron al timbre, era demasiado tarde para recibir visitas, serían cerca de la una y media de la madrugada. Se dirigió a la puerta con la toalla como

único elemento cubriéndole el cuerpo y miró por la mirilla antes de abrir. Su corazón dio un vuelco cuando vio que se trataba de Kian ¿Qué hacía allí tan tarde? ¿Después de tirarse a la rubia venía a por ella? ¡Idiota!

- Atenea, por favor, ábreme.- Suplicó él a través de la puerta. Ella se dio cuenta de que las luces estaban encendidas por lo que él sabía que ella estaba despierta. Pero no contestó, simplemente se apoyó en la fría madera de la puerta.- Vamos, sé que estás ahí, déjame explicarme.

- ¿Para qué? ¿Para qué me mientas?- Dijo al cabo de un rato en silencio.- Además no tienes que darme explicaciones, no somos nada, vete.

- Tienes razón, no tengo que dártelas, sin embargo estoy en tu puerta a la una y media de la madrugada para explicarte lo que ha pasado, porque me importas.- Esas palabras calentaron su pecho y deseó que realmente lo dijera de verdad.

- ¿Después de tirarte a la rubia?- En cuanto pronunció esas palabras se arrepintió.

- ¡Joder, abre la maldita puerta y hablemos!- Dio un puñetazo en la puerta y Atenea pudo sentir su frustración, quizá sí que le importaba algo... pero no, hacía unos momentos estaba besando a otra.

- Si me lo pides con esa amabilidad...- Ironizó ella.- Será mejor que te vayas, vas a despertar a los vecinos.

- No pienso irme hasta que me escuches.

- ¡Eres idiota!

- Lo soy, pero pienso pasar la noche en tu puerta si hace falta.

- Haz lo que te dé la gana, me voy a dormir.- Atenea se fue a poner el pijama sin parar de darle vueltas a la locura de Kian ¿En serio iba a quedarse toda la noche allí? ¿Por ella? Seguramente que en una hora como mucho se iría.

Al cabo de una hora de estar metida en la cama y sin poder dormir se levantó y miró por la ventana de su habitación que daba a la puerta de entrada, allí seguía Kian, sentado en su puerta. <<Tonto...>>, pensó. Atenea se dijo que si aguantaba una hora más bajaría para hablar con él, pero seguramente se iría antes.

Pasó otra hora y dejó pasar media más. Vio como Kian se movía inquieto en su puerta, decidió bajar. Si había aguantado tanto quizá algo sí que le importaba ¿no? Esto era muy importante para Atenea, pues necesitaba estas muestras para saber que para él ella no era una cualquiera.

- ¿Qué quieres?- Dijo abriendo la puerta bruscamente, apreciaba el gesto, pero seguía cabreada.

- A ti.

- ¿Qué?- Atenea creyó que había escuchado mal. Pero aun así su corazón saltó, tanto que creía que se le iba a salir del pecho.

Sin esperar una reacción, Kian la agarró de la cintura, la acercó a él y la besó con desespero. Atenea sintió como sus labios por fin se unían, tanto que lo había deseado y finalmente estaba ocurriendo. Un corriente eléctrico la atravesó al sentir el desesperado contacto, primero por la sorpresa se quedó quieta, pero después se dejó llevar y abrió más la boca para que él tuviera mayor acceso. Kian la empujó suavemente hacia el interior de su casa, la apoyó contra la puerta instándola a abrir más las piernas, provocando que Atenea soltara un gemido que se ahogó en la sensual boca masculina. Notaba como todo su cuerpo se calentaba y ardía por él, la estaba devorando con ansia, tanta que Atenea sintió su desesperación por tenerla. Alzó los brazos y lo rodeó mientras él presionaba su dura erección entre sus muslos, ardiente pasión explotó en su interior y no pudo más que gemir y dejarse llevar por Kian.

- Eres preciosa.- Le susurró en los labios para coger aire. Atenea se volvía gelatina en sus fuertes y grandes brazos que la sujetaban con firmeza, deseaba más.

Notó como las manos de Kian la acariciaban por los brazos desnudos, pues la camiseta que usaba de pijama era de manga corta, haciéndola arder allí por donde pasaba. Sentía que la camisa le sobraba, necesitaba sentir piel contra piel.

- ¿Puedo?- Le susurró Kian mientras acariciaba el borde de la camiseta, como si hubiera leído sus pensamientos.

Atenea no pudo más que gemir en contestación. Sus besos, sus caricias, su voz, su olor, todo le parecía excitante. Quería más. De repente Kian le arrancó la prenda quedando con apenas unas braguitas ante él. No sintió vergüenza ninguna, pues ante él, se sentía segura y el miedo desaparecía, al menos por el momento.

Kian gruñó de excitación mirándola de arriba abajo, sus dulces pechos se alzaban inhiestos hacia él, pidiendo toda la atención. Él la besó intensificando el beso y las caricias cada vez más, sus manos amasaban sus pechos dulcemente produciéndole un sinfín de escalofríos que iban a parar a su sexo, rozó sus pulgares en las excitadas cimas, provocando excitantes gemidos femeninos que lo ponían cada vez más duro.

Atenea no pudo evitar pensar que eso es lo que acababa de hacer, muy seguramente, con la rubia del bar antes de venir a verla. Y ella no quería ser una de tantas. Empezó a llorar de la impotencia y el miedo volvió a instalarse en su pecho, lo tenía que detener, ella estaba sintiendo demasiado por él y Kian solo la usaría para el sexo. Creía que podría hacerlo, pero no, no quería que la volvieran a utilizar, ni si quiera siendo consciente de ello.

- Para... Kian... yo...- Él se apartó rápidamente como si hubiera hecho algo horrible.

- Lo siento, me he pasado ¡Joder! ¿Te he asustado? Por favor no llores, lo siento.- Le tendió la camiseta para que se tapara de nuevo.

- Es que...

- Tienes novio, lo sé. Lo siento, los celos han podido conmigo, me enfadé tanto cuando lo vi salir de tu casa por la mañana..., no he podido controlarme, me gustas demasiado, Atenea. Por favor, no llores. Lo de Grace ha sido sin querer, ella acaba de romper con su novio y solo necesitaba a alguien con quien vengarse, me ha pillado desprevenido, solo ha sido un beso sin importancia.

- Kian...- Un momento, ¿Novio?- Yo no tengo novio.- Dijo limpiándose las lágrimas. Por alguna extraña razón, le creía. Quizá era la desesperación con la que le había besado o como sus ojos la miraban implorantes, pero le creía.

- ¿No? ¿Y ese tal Liam?

- Es mi hermano mayor.

- ¿En serio?

- Y tan en serio. ¿Estabas celoso de él?- Preguntó aun sin creerlo.

- ¿Yo? No.

- ¡Pero si lo acabas de confesar!- Rió entre lágrimas Atenea.

- Quizá un poco. ¿Entonces no tienes novio?

- No.

- Eso está muy bien. Entonces... ¿Por qué lloras? ¿Por lo de Grace? No hay nada entre nosotros, te lo juro.

- Te creo.

- Entonces ¿Te he hecho daño? ¿Te he asustado?- Pero bueno ¿Qué se pensaba, que era una especie de monja? Aunque estaba cerca... no lo era.

- Mira Kian, te voy a ser sincera. He visto a muchas modelos entrar a tu casa y la verdad, sé que no me parezco a ninguna de ellas y justamente por eso no quiero... ser una más. Así que si es eso lo que quieres, puedes ir a buscar a otra.

- Atenea..., por supuesto que no eres una de ellas.- Eso le dolió.- Tu eres mucho mejor, tú eres lo que he estado buscando toda mi vida. Eres buena, inteligente, preciosa y nunca haría nada para hacerte daño. Sé que crearás que utilizo a las mujeres, pero no es así, yo siempre voy de cara. Y créeme cuando te digo que tú no eres una más. Tú te has adentrado en mi corazón y en mi mente desde el primer momento que te vi intentando cargar todas aquellas cajas tu sola. Estabas preciosa, con una sonrisa que iluminó mi mundo. Intenté evitarte porque sabía que tú eras demasiado buena e inocente para mí y que no te merecía, pero el otro día me dije que no podía dejarte escapar, eres lo que necesito. Déjame hacerte mía.

Todo eso que le estaba diciendo Kian era precioso, se acordaba del primer día que se conocieron. Para ella también fue importante pues se enamoró a primera vista de su vecino. Pero era demasiado bonito para creerlo, quería hacerlo, de verdad que sí, pero la inseguridad de que le hiciera daño era muy insistente.

- Será mejor que me vaya, lo siento.- Dijo Kian al ver que Atenea no decía nada. Eso lo quemó por dentro.

Atenea no quería que por culpa de su miedo pudiera perder a alguien quien era importante para ella, no otra vez. Estaba cansada de dejarse vencer por el pasado, tenía que dejarlo atrás y confiar en Kian, no tenía motivos para no hacerlo, y en unos días le estaba demostrando que estaba luchando por ella, más que ningún otro.

- No, espera. – Lo agarró por el brazo antes de que él abriera la puerta.- Es que..., verás, para mí es difícil confiar en los hombres. Pensé que lo tenía superado, pero el miedo siempre está ahí.- Dijo sin saber si contárselo a Kian o no.

- Cuéntamelo, Atenea. – Dijo cogiéndole de la mano y mirándole a los ojos transmitiéndole seguridad y confianza, cosa que ningún otro consiguió.

- Está bien.- Suspiró al cabo de un rato. Le daba vergüenza, pero si quería superarlo, este era el momento. Así que cogió aire y comenzó a relatar.- Cuando iba al instituto, uno de los chicos más guapos y populares se acercó a mí. Cuando me veía sola me hacía compañía, cada día fuimos hablando más y nos hicimos amigos, o eso creía yo. Primero empezó a pedirme que estudiáramos juntos, un día me dijo que me quería.- Empezó a llorar, pero de impotencia, por haber sido tan idiota de creerlo.-Después me pedía que le hiciera los deberes y luego los trabajos. Fui una idiota, ya lo sé, pero pensé que él me quería y que estaba muy ocupado ¡incluso dejé que me robara la virginidad! Fue horrible, y lo que realmente estaba haciendo era reírse de mí con sus malditos amigos. Es por eso que me encerré más en mi mundo y me cuesta mucho confiar en la gente, hasta que llegaste tú. Tú me das seguridad, me haces sentir cómoda, contigo soy yo misma y me siento bien. Debido a eso no he podido confiar en ningún hombre y me es más difícil aun confiar en ti porque me importas mucho.-Dijo todavía con lágrimas en los ojos.

- Atenea...- Le apretó más de la mano.- Ese niñato fue un idiota y si lo tuviera ahora mismo delante le pegaría una paliza por lo que te hizo sufrir. Pero no puedes pensar que todos somos iguales, si necesitas tiempo te lo daré, esperaré lo que haga falta y haré lo imposible para que confíes en mí. No te puedo prometer que no te haré sufrir, porque amar es sufrir, pero sí que te prometo que nunca te haré daño intencionadamente. Confía en mí.- Y la abrazó, su calor y su seguridad la conmovieron.

Entre sus brazos Atenea se sentía segura, confiaba en él, tenía que hacerlo. Se lo debía a ella misma, nunca había tenido novio por el miedo, pero con miedo no se puede vivir, hay que enfrentarse a los problemas porque si no estarán siempre ahí, persiguiéndonos.

- Está bien, quiero confiar en ti.- Sonrió aun con lágrimas en sus ojos azules y mirándolo a los ojos. Kian le limpió las últimas gotas de su bonito rostro.

- ¿Estás segura?

- Sí.- Sonrió Atenea.- Ya es hora de superarlo, y quiero que sea contigo.

- Esta es mi Atenea, sonriente y preciosa.- La volvió a besar. - Pero puedo esperar si no...

- Yo no quiero esperar más, te necesito.- Se alejó hacia las escaleras.- Si no vienes lo haré yo solita.- Sonrió coqueta.

- Eso me gustaría verlo.- Sonrió saliendo detrás de ella.

Cuando llegaron a la habitación Kian le arrancó la camiseta de un tirón. La cogió y la acercó a él por la cintura y le acarició el desnudo cuerpo proporcionándole deleitantes escalofríos de placer.

- Eres preciosa y te deseo con toda mi alma, eres perfecta para mí.- Le susurró muy cerca de los labios.

Por fin la besó muy desesperadamente, introdujo su lengua jugando con la de ella. Sus labios encajaban a la perfección y Atenea se abrazó a sus hombros introduciendo sus manos entre los cortos cabellos masculinos instándole a acercar más sus bocas. Se estaba deshaciendo de calor, toda ella se sentía en llamas. Atenea empezó a mover las caderas provocando una placentera fricción entre sus sexos, Kian gruñó. Se separó para arrancarse la ropa y dejar a la vista su fuerte y musculado cuerpo. Atenea se quedó embelesada.

- Te deseo, Atenea.- Gruñó Kian.

- Yo también, Kian.- Gimió.

Entonces él la cogió en volandas presionando su erección que tiraba a través de sus tejanos, en su ardiente y húmedo sexo, provocando que ambos se sintieran

desesperados por el contacto del otro. Kian la estiró en la cama suavemente sin dejar de besarla, pero esta vez adoptó un ritmo más lento y con detenimiento, como si quisiera guardar cada lugar de sus labios en su mente. Le estaba haciendo el amor con la boca. Atenea se sintió mantequilla entre los brazos fuertes y musculados de Kian, notaba su excitación y como hacía que eso incrementara la suya, notaba como su cuerpo se tensaba por la pasión y como su sexo palpaba por su roce.

Entonces una de las grandes manos masculinas empezó a descender por su cuerpo, acarició uno de sus pechos, atormentándola de puro deleite, luego continuó bajando hasta llegar a su sexo, Atenea gimió en la boca masculina y gritó cuando Kian empezó a acariciarla en un lugar muy sensible de su sexo, eso la hizo sentir una intensidad de placer que jamás había experimentado. Kian seguía acariciando ese lugar sensible muy furiosamente hasta que ella sintió que venía una sensación arrolladora. Pero se detuvo. Atenea gimió en reproche.

- Solo un poquito más, estas preciosa así.- Le susurró.

- Por favor...- Solo podía ser consciente de lo mucho que necesitaba sentir más contacto allí, dolía.

Ahora prestó más atención a sus pechos, jugando con los brotes sensibles con su boca y sus manos, ella se arqueó ofreciéndose a él.

- Eso es preciosa, siénteme por todo tu cuerpo, ríndete a mí.- Susurró en uno de sus pechos, esas palabras hicieron que un hormigueo se instalara en su bajo vientre y explotara como una corriente de calor en su sexo.

Después Kian descendió por su cuerpo y le abrió más los muslos, su aliento muy cerca de su sexo quemaban a Atenea, no podía dejar de arquearse y gemir por sentir alivio allí donde su humedad palpaba.

- Estas tan mojada..., no sabes lo mucho que deseo probar tu delicioso jugo.- Atenea vio como él se relamía los labios y eso provocó que más humedad floreciera.

- Por favor Kian..., te necesito...- Suplicó ella arqueándose. Nunca se había sentido tan desesperada como en ese instante.

- Estas preciosa suplicándome.- Le sonrió él.- ¿Quieres que te haga el amor con mi boca, Atenea? - ¿En serio lo preguntaba? Ahora mismo no desearía otra cosa.- Dímelo, preciosa.- Demandó él.

En otras circunstancias ella se hubiera murto de la vergüenza, pero necesitaba ese alivio que solo él podía darle.

- Sí, quiero que me hagas el amor con la boca, por favor...- Gimió ella mientras él le proporcionaba suaves y electrizantes caricias por el interior de su muslo, muy cerca de su húmedo y ardiente sexo.

Atenea abrió los ojos en cuanto él puso su lengua allí donde más lo necesitaba, era aún más intenso que con los dedos, mucho más excitante e íntimo, gritó por las sensaciones, Kian chupó toda su hendidura para después succionar ávidamente su clitoris, se agarró a su corto cabello por las intensas sensaciones que le estaba provocando la experta boca de Kian. De repente él introdujo un dedo en su interior sin dejar de lamer el duro botón, Atenea se arqueó sintiendo que un torrente de placer se arremolinaba en su interior, haciendo crecer el placer cada vez más.

Aquello era lo más intenso que había vivido en su vida. Introdujo otro dedo en su interior mientras que con la lengua no paraba de succionar y atormentar a su clitoris, gritó cuando aumentó el ritmo de sus dedos en su interior.

- Estas ardiendo y muy mojada... Deliciosa.- La provocó con sus palabras.

La hacía arder por todo su cuerpo, a cada caricia, cada beso que él le daba se sentía como un volcán en erupción. Pero aun quería sentirlo más, quería que fueran uno. De repente todo fue más intenso y notó como un torrente de placer explotaba.

- Eso es, preciosa, córrete en mi boca.- Y así lo hizo, se perdió en un mar de auténtico placer.

Antes de que las sensaciones desaparecieran, Kian sacó sus dedos y dejó de atormentar a su clitoris con la boca, se alzó y la besó fugazmente haciendo que ella tuviera que probarse a sí misma. Se levantó y se deshizo de sus pantalones y de su ropa interior, dejando a la vista de Atenea la gran erección. Ella gimió y se lamió los labios, cosa que volvió loco a Kian, sacó de sus pantalones un preservativo y se lo colocó rápidamente para cubrir el cuerpo de Atenea con el suyo.

- Pareces una diosa del deseo, asombrosa. Nunca imaginé poder tenerte así, solo para mí, solo puedo pensar en penetrarte y correrme en tu interior.- Esas palabras calentaron aún más a Atenea.

La besó mientras la hacía suya por fin, se introdujo muy lentamente en ella. Intentando que se acostumbrara a su miembro.

- ¡Joder! Estas tan caliente y apretada... ¡Me matas!- Le susurró al oído, eso hizo que ardientes escalofríos le recorrieran el cuerpo. Gritó de puro deleite.

Una vez que se introdujo por completo en ella, empezó a moverse lentamente para luego aumentar el movimiento de sus apasionadas estocadas. Atenea se agarró a sus fuertes hombros y él volvió a besarla necesitadamente. Bajó una de las grandes y fuertes manos masculinas hasta el brote sensible femenino, lo friccionó provocando una explosión de placer en su feminidad. Atenea sentía que su corazón iba a explotar, su cuerpo ardía por él. Entonces Kian aumentó la intensidad hasta que los dos cayeron en una espiral de intenso placer.

- Eso es, preciosa, córrete para mí.- La provocó en el oído.- Llévame contigo.- Emitió un fuerte gruñido gutural que acompañó al grito de Atenea cuando ambos llegaron al orgasmo.

Una vez sus cuerpos se liberaron, Kian se dejó caer encima de Atenea soportando su propio peso mientras recobraba el aliento.

- Me encantas Atenea. Nunca voy a tener suficiente de ti, prométeme que me dejaras quedarme a tu lado.- La besó tiernamente.

- Si te lo mereces, sí.- Rió ella encantada.- No me hagas daño.

- Te lo prometo, no lo haré. -Y se besaron como si con ese beso su promesa quedara sellada para siempre.

Y la volvió hacer suya una vez más.